

Opinión

RESULTA natural, e incluso estimulante, que en cada aniversario de la Constitución se reproduzca el debate sobre la necesidad o conveniencia, o ninguna de las dos, de su reforma. No pasa un 6 de diciembre sin pronunciamientos al respecto. Tampoco el de ayer, cuando la Carta Magna cumplía 34 años.

El debate es, sin embargo, baladí. La Constitución de 1978 se quedará por ahora como está. Por una razón de fondo: ninguna reforma que pudiera emprenderse en este momento concitaría un consenso más amplio que el logrado por la vigente. Ni por parte de las fuerzas políticas llamadas a elaborarla ni por parte de los españoles emplazados a refrendarla.

Los dos partidos mayoritarios, sin cualquiera de los cuales sería imposible alcanzar ese consenso jurídica y políticamente imprescindible, estarían interesados en promover cambios constitucionales diferentes y, en algunos aspectos, antitéticos. Al PP, por ejemplo, le gustaría alterar la distribución de competencias entre la Administración Central y las Administraciones autonómicas, en favor de la primera. El PSOE querría, al contrario, superar el Estado de las Autonomías y caminar hacia el federalismo para facilitar el encaje de los nacionalismos ricos.

En realidad, lo único en que podrían coincidir populares y so-

LA ESQUINA

José Aguilar

jaquilar@grupejoly.com



Se quedará como está

cialistas sería en la reforma del Senado o la eliminación de la prevalencia del varón sobre la mujer en la sucesión a la Corona. A cambio de estas mejoras menores se abriría un proceso lleno de incertidumbre y desestabilización que, además, terminaría, seguro, sin el gran pacto nacional que garantizase el éxito de la operación.

La verdad, no merece la pena pagar tan alto precio por tan menguada, y sólo hipotética, ganancia. Además, si PSOE y PP no se ponen de acuerdo ni siquiera para sacar adelante una reforma educativa que no sea de uno ni de otro, sino de todos, ni para pactar el alcance de los ajustes y el reparto de

los sacrificios para atajar la crisis, ¿con qué talante y con qué voluntad irían a una negociación para reformar la Constitución y transigir ambos en sus concepciones sobre la configuración territorial del Estado, los derechos sociales o la elección del poder judicial?

Con toda seguridad la Constitución no ha de ser un corsé intocable y sagrado, sino un marco supremo de convivencia adaptable a las nuevas realidades. Ocurre que los constituyentes, escarmentados por la historia truculenta de la España contemporánea, establecieron grandes cautelas y obstáculos para cambiarla, que siguen en vigor. El principal, un acuerdo muy mayoritario y un procedimiento trabajoso y largo. Ahora no se dan las condiciones para cumplir estos requisitos. Por eso la Constitución se quedará como está.

LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón

ccolon@grupejoly.com



Llamadme Ismael (Yebrá)

LLAMADME Ismael. Ismael Yebrá. Acertaron al ponerle a este médico dermatólogo el nombre que encabeza el colosal *Moby Dick* de Herman Melville. No por su ejemplar ejercicio profesional, que tiene ese don de aunar rigor y cercanía, eficacia y humanidad, que es tan precioso en su vocacional tarea. A Ismael Yebrá se le saltan las lágrimas cuando uno de sus pacientes fallece de un mal que nada tiene que ver con su especialidad. Lo sé bien. Porque lo que le conmueve es la pérdida de quien, con el trato, ha entrado en el ámbito de sus afectos. No sé cómo organizará este hombre su agenda, pero siempre que puede se las arregla para pasarse a ver a sus pacientes/amigos —porque nacen amistades en esa consulta suya en la que siempre suena música clásica— e interesarse por su evolución y darles ánimo cuando están ingresados por alguna dolencia ajena a la dermatología.

Y además ha tenido tiempo para escribir

MIKI&DUARTE

LA CARTA MAGNA NO LO SE, LUISITO. PERO LA DE LOS REYES MAGOS HAY QUE CAMBIARLA SEGURO



DEFENDÍA Rajoy en la recepción del Senado la vigencia de la Constitución, y también lo hacía Rubalcaba aunque el dirigente socialista no ponía pegas a que algunos de sus artículos pudieran adaptarse a los nuevos tiempos, lo que sin duda aceptaría también el presidente de Gobierno. Pero el problema no era de renovación, sino de cuestiones más profundas: causa cierta desazón que precisamente el día que se celebra la sanción de la Constitución, el debate entre la clase política, que algunos partidos han logrado trasladar a un sector de la sociedad, se centre en la necesidad de defender la unidad de España. Y se centre también en la necesidad de replantear el marco autonómico, aunque sin echar por tierra un Estado autonómico que ha provocado serios problemas porque ha desbordado los límites de la racionalidad y la sensatez, pero que ha servido de impulso para potenciar regiones que se encontraban en situación de precariedad.

No deja de ser lamentable que varias organizaciones y partidos hayan apoyado las manifestaciones convocadas para expresar el apoyo a la Constitución; lamentable porque el hecho mismo de la convocatoria significa reconocer que la Constitución está en peligro y debe ser defendida frente a las muchas agresiones que recibe en los últimos tiempos. Artur Mas capitanea hoy el sector de quienes más la agreden, pero también Cayo Lara —que hasta ahora no

CRÓNICA PERSONAL

Pilar Cernuda



La vigencia de la Constitución

pañoles respaldan ya la prevalencia del varón sobre la mujer; pero a nadie le cabe duda de que abrir ahora esa cuestión, que obligaría a ser aprobada por las Cortes, disolverlas, convocar elecciones, aprobarlas por las nuevas Cortes y ratificarlo en referéndum, provocaría un debate muy inconveniente sobre el futuro de la monarquía. En cuanto a las consideraciones autonómicas, ahí están esperando los nacionalistas mostrando las uñas: si se habla de la España autonómica, exigirán aún más competencias a las autonomías y que se debatiera sobre la configuración de España como un Estado federal, a lo que últimamente se ha sumado el propio Rubalcaba.

Con esas premisas sobre la mesa, casi mejor dejar la Constitución como está. A pesar de su antigüedad.

ha logrado nada positivo que le permita integrarse en el grupo de los políticos que merecen cierta consideración— ha querido tener cierto protagonismo a costa de la Constitución, con un gesto que provoca rubor y vergüenza ajena: aparecer en el Senado para decir nada más entrar que no tiene nada que celebrar y darse la media vuelta indica que este hombre no tiene la talla que debe tener un líder de la izquierda.

En la Constitución hay dos títulos que necesitan revisión, pero nadie se atreve a abordarlos en estos momentos de incertidumbre. Uno, el de la sucesión en la Corona, donde habría unanimidad porque pocos es-

de los cuales—Sevilla en clausura, compartiendo cartel su texto con las extraordinarias fotografías “vermeerianas” de Antonio del Junco— les recomendaba hace unos días. Y aquí viene lo de Ismael. Porque no es su ejercicio profesional lo que

Navegando tras la ballena blanca de Sevilla, este Ismael nuestro la ha encontrado en los conventos

hace que su nombre le siente tan bien a este ciudadano de la Alfalfa y del mundo, sino su otra pasión, Sevilla, la ballena blanca en cuya persecución tantos capitanes Ahab han perdido el juicio. Ismael Yebra, como el marinero Ismael embarcado en el ballenero Pequod, es un testigo lúcido de la pasión por Sevilla que él también siente, pero de cuya locura tal vez le salvaguarde el rigor de la ciencia. Quién sabe. Podría ser también el doctor Stephen Maturin que comparte travesías con el capitán de mar y de guerra Jack Aubrey.

Les recomendé *Sevilla en la clausura* por los muchos siglos de belleza que encierra. Pero me quedaba por decirles la mucha Sevilla que también guarda. Navegando tras la ballena blanca de Sevilla, este Ismael nuestro la ha encontrado en los conventos. Esa ciudad que es (o era) mucho más que sus monumentos, cada vez más aislados de la destruida trama urbana que les daba vida; esa ciudad que Romero Murube veía desaparecer en cada patio, cada muro de cal o cada columna perdidas; esa ciudad hecha de detalles, yuxtaposiciones y superposiciones que con el tiempo han encajado como un conjunto en el que lo diverso—en tiempos, materiales y estilos—ha encontrado su armonía... Esa ciudad perdida vive en los conventos, en sus patios y jardines, en sus claustros y estancias. Como si lo más auténtico de Sevilla y su más frágil belleza sólo hubiera podido sobrevivir acogiéndose a sagrado.